

Victoria Lafora

Se lo merece

Sí, la reina Sofía se merecía ser la protagonista de los actos conmemorativos del fin de la funesta dictadura, el regreso de la democracia y la monarquía a este país. En el Palacio de Oriente, donde su cónyuge, el emérito, no había sido invitado, recibió el Toisón de Oro de manos de su hijo, por «una vida entera de servicio ejemplar, que también forma parte de la memoria afectiva de la España democrática». En el acto recibieron idéntica condecoración el expresidente Felipe González y dos de los ‘padres’ de la Constitución, Miguel Herrero de Miñón y Miguel Roca. Lo que no deja de ser una declaración de principios de la ligazón de la Corona con la España democrática. Y un guiño de respeto a la Constitución en tiempos políticos convulsos, cuando el debate se ha convertido en griterío.

Hay otra forma de hacer política, más digna, de servicio público. El galardón reconoce una evidencia: se puede servir a la ciudadanía, desde la Corona a la clase política, con decencia. El sábado, la conmemoración familiar se trasladó al Palacio del Pardo, de tan lúgubres recuerdos, y allí sí participó el padre del Rey. Su libro, que lleva el llamativo título de *Reconciliación*, seguramente ha añadido un toque de hiel al reencontro ya que, en su justificación a los errores que le han llevado a vivir fuera de España, no se priva de descalificar a su consorte, a su hijo y sobre todo a su nuera.

Pero quizá su mayor error sean las alabanzas al dictador que lo puso en el trono sin mencionar la lucha de los españoles por recuperar los valores democráticos, la libertad y el respeto a los derechos humanos. Es decir, la homologación con los países de nuestro entorno.

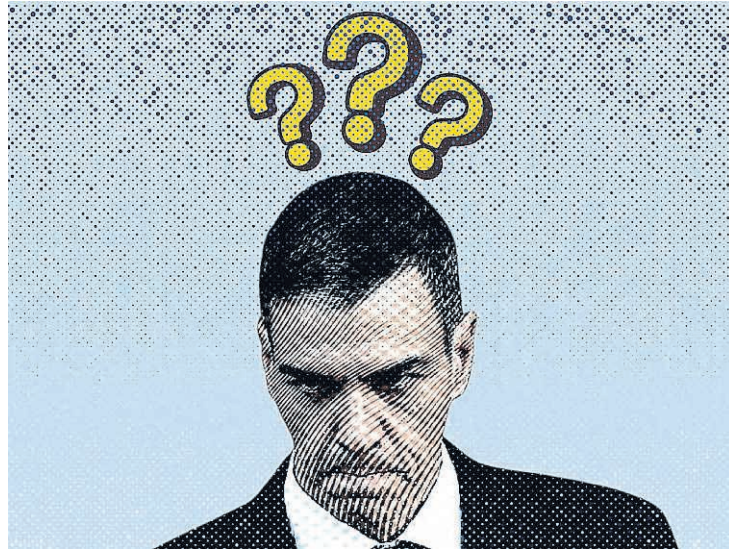
La democracia la trajeron la ciudadanía y una clase política que supo entender las ansias de la sociedad. Buen ejemplo son los tres políticos a los que se impuso el Toisón de Oro. Hay más nombres que merecían este homenaje, pero ya han muerto.

Los invitados al acto, entre ellos representantes del Gobierno, las Cortes Generales y otros poderes, deberían tomar buena nota del simbolismo de elegir a estos galardonados, a los que Felipe VI en su discurso describió como los ejemplos de lo que debe ser un buen servidor público. Pues que tomen nota.

LA TRIBUNA | José Badal Nicolás

Los títulos de Pedro

Si pensamos en qué títulos podría otorgarle la posteridad al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, podemos afirmar que no redundarán en su prestigio



HERALDO

Zaragoza ostenta seis títulos honoríficos, orgullosamente prendados en las ramas de laurel y palma (símbolos de la victoria y el martirio, respectivamente) que orlan su escudo de armas: Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica, Siempre Heroica, Muy Benéfica e Inmortal. Aluden a gestas memorables y a la suprema bravura de sus moradores en diversos momentos de la historia de la ciudad, en especial durante los implacables asedios sufridos a manos de las tropas napoleónicas en el curso de la Guerra de la Independencia, conocidos como los Sitios de Zaragoza, luego inmortalizados en una briosa jota de imperecedera fama. Otras figuras del arte, la literatura, la música o la religión y sobre todo de la historia, también ostentan títulos por sus

proezas o hechos (no siempre elogiados): Magno, Batallador, Empalador, Terrible...

Cavilo sobre los apelativos que a la postre ‘prestigarán’ la biografía de nuestro Pedro tras su paso por la presidencia del Gobierno de la nación. No creo errar si digo que el título que mejor le afamará será el de Embustero o Falaz, por sus muchas y reiteradas filfas que jalonan su tornadizo proceder durante estos últimos años. Ha elevado el embuste, el engaño, el cinismo y la hipocresía a cotas difíciles de superar por cualquier otro gobernante en el futuro. Es profundamente desleal con sus votantes y con quienes no lo son, por sus frecuentes y no aclarados ‘cambios de opinión’ (Sáhara Occidental, Ley de Amnistía, etc.), e innoble por su ca-

rencia de principios («no pactaré con...»), «¿de quién depende la Fiscalía?»), salvo los marxistas (los de Groucho). Está muy por encima de otros personajes, como por ejemplo Fernando VII, primero aclamado como el Deseado por el pueblo enfervorizado y posteriormente tildado de rey Felón por demoler la obra de las Cortes de Cádiz y restaurar el absolutismo y el Antiguo Régimen.

No le veo merecedor del título de Bizarro, si acaso el de Resiliente que le conceden sus sumisos adeptos. Recuerden su palmaria cobardía cuando, en el transcurso de su visita a los damnificados por la dana en tierras valencianas, mansamente dejó que sus escoltas le evacuaran del lugar asolado; de tal forma se amilanó que ya ha quedado para los tiempos venideros su ganado apodado de ‘El Galgo de Paiporta’. No es la única ocasión en la que el personaje ha hecho gala de su falta de honra a la vez que de conducta vergonzosa. En la retina de todos permanece la imagen de su humillante postura durante su encuentro con Mohamed VI, cuando no exigió la correcta colocación de nuestra bandera nacional, arteramente colocada al revés por ausencia de nuestro autócrata vecino del sur.

Pedro se ha doctorado *cum laude* de manera muy controvertida, por certidumbre de plagio, hasta el punto de que muchos se refieren a él como ‘doctor Fraude’, cuyo significado alude a chanza y descrédito más que a méritos indiscutibles. A estas alturas de su periplo como político sí merece al menos el título de máster en ‘Bulología’ («España va como un cohete»), si no el de doctor *honoris causa* en promesas incumplidas (presupuestos generales del Estado, parques de viviendas de alquiler, etc.).

Demostrando escaso coraje para afrontar responsabilidades, siempre está presto a escabullirse de las fechorías atribuidas a sus

colaboradores, emisarios, ‘fontaneras’ y demás adláteres abrasados en el escandaloso desempeño de sus cargos o en el ejercicio de sus opacas funciones, cuando se hallan enredados en asuntos turbios y tal vez en delitos. Medroso, trata a toda costa de poner tierra de por medio, no vaya a ser que resulte salpicado por las tropelías, abusos y dispendios (presuntamente) cometidos con dinero público por sus hasta hace poco ami-

«Su acrisolado y desmedido apego al poder a lo sumo le procurará el título de Obstinado»

gos; con la efímera excepción de ‘su’ fiscal general, finalmente condenado y dimitido. Se me ocurre el título de Indulgente, sobre todo con él mismo, su amada Begoña y su querido David.

Sus cuestionables acciones (colonización de las instituciones, corrupción en la Administración, parco gasto en defensa, exiguo apoyo a la investigación científica, atención sanitaria deficiente, perpetuación del fracaso escolar y el desconocimiento de las matemáticas, falta de ajuste del efecto de la inflación, deterioro de los transportes públicos, reforma en favor de la autonomía y capacidad del Ministerio Fiscal y transferencia de la instrucción penal a los fiscales, manipulación de datos, déficit de transparencia, etc.) erosionan gravemente nuestra democracia y motivan la repulsa de la mayoría de la ciudadanía, aún más cuando porfía en la retención del poder a todo trance, sin posibilidad de gobernar y con total menosprecio de los poderes legislativo y judicial. Su comportamiento se ciñe más al de un autócrata que al de un democrata. Su acrisolado y desmedido apego al poder a lo sumo le procurará el título de Obstinado.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

| Manuel Vilas

Franco

Imagínate que los ciudadanos españoles de 1925 hubieran vivido obsesionados con algo que ocurrió en 1836. La historia hay que conocerla, pero no es bueno que te paralice. Yo estoy molido de aburrimiento de Francisco Franco. Yo creo que si el mismísimo Franco se levantara de la tumba, y contemplara su inmortalidad, explotaría en una gigantesca e inhóspita carcajada que se derramaría sobre los españoles y las españolas de izquierda, de derecha, y de cualquier condición política o moral. No se ha hecho crí-

tica estética del franquismo. Solo se ha utilizado su figura para hacer política en este melancólico 2025, al que ya le queda poco de vida. Vivo en el país más *vin-tage* del mundo.

El error de la izquierda es fomentar la división entre españoles sacando la momia a pasear y el error de la derecha es no haber condenado el franquismo en su día. Con estos dos errores, querido español o española, te van a freír los sesos y el hígado y la cartera. Cuando murió Franco yo tenía doce años. Y me dedicaba a

escuchar todos los santos días el *Rock and roll animal* de Lou Reed. El franquismo solo fue droga barata para españoles con muy mala suerte. Y de fascismo tuvo cinco minutos. A saber qué pensaba en sus adentros el César gallego de Hitler o Mussolini. Qué más quisieran la izquierda y las derechas españolas (en esto sí coinciden a las mil maravillas) que Franco hubiera sido un Hitler o un Stalin, un Mussolini o un Mao. En hacer el mal político se puede ser internacional o de pueblo, y Franco fue de pueblo. Tanto furor por el pasado nos deja sin futuro. ¿Que España, en este 2025, pinte algo en la escena internacional es un deseo franquista o antifranquista? El antifranquismo es nostalgia de mucha gente que luchó contra el tirano,

y esa nostalgia es hermosa y extraordinariamente respetable.

Yo, con doce años, fui un pionero del antifranquismo estético. Yo me enteré de que existía Franco porque un colega de diecisiete me dijo que el *Rock and roll animal* que yo amaba había sido censurado en España, que le faltaba una canción.

Allí sí, medio niño aún, yo me hice antifranquista. Había tenido que ahorrar con sacrificio trescientas pesetas para comprarme el disco y el disco me lo mutiló la momia de pueblo. El franquismo me robó mis trescientas pesetas del alma. El enemigo del franquismo no era la democracia ni el Partido Comunista. Su enemigo invencible era la vida. Su enemigo era Lou Reed, y lo sigue siendo.